

La tarde a la que se refiere Sagarra, Rubén disfrutaba de la compañía del cónsul de Santo Domingo en Barcelona, Osvaldo Bazil, y mientras engullía unas lionesas de crema, miraba a su entorno con «una mena d'impudor diví», creyendo desdeñosamente que su campo de visión no era más que «una gran peixera plena de granotes». La pluma ácidamente inteligente y plásticamente expresionista del gran escritor catalán le retrata ostentando «un rostre de cacic destituït», en el que sobresalen la nariz amplia, los labios «provocadors d'angúnies perquè mantenen una repulsiua llefiscor de víscera que sofreix», la fortaleza de los pómulos, la estructura simiesca de la mandíbula, la piel «gruixuda, entre enfarinada y groguenca, maliciosament arrugada com la de les mòmies, o como la del sotabarba de les iguanes», y los ojos, cuyos reflejos y cualidades «d'ostra paradisiàca», fulminaban miradas sensibles cual si fuesen las de un «toro després de la quarta banderilla».

En esa Barcelona cosmopolita y brillante, donde los burgueses adinerados compartían el almuerzo o la cena (en *La Maison Dorée* o en *El Continental* o en *El Suís*) con sus amantes, Rubén se sentía a gusto, porque al placer parisiense de la ciudad condal se unía su fervorosa amistad con Miguel de los Santos Oliver, Santiago Rusiñol, Pompeyo Gener, Federico Rahola, Rubió i Lluch o Eugeni D'Ors. Pero las inquietudes viajeras del poeta, atizadas por el ingeniero nicaragüense Alejandro Bermúdez, le alejaron de Francisca, de Guicho, de Barcelona y de España para siempre el 24 de octubre de 1914. Se cerraba un capítulo de su vida que se había iniciado quince años antes cuando conoció en la primavera madrileña de 1899 a Francisca. Precisamente la estancia madrileña de 1899 y de los primeros meses de 1900, como corresponsal del diario *La Nación*, había principiado con su tránsito viajero por Barcelona, desde donde escribe la primera crónica de las que luego conformarán *España Contemporánea* (París, Garnier, 1901), fechada el 1 de enero de 1899. Y aunque Rubén ya había estado en Madrid como miembro de la delegación diplomática que Nicaragua envió a España con motivo de las fiestas del IV Centenario del Descubrimiento (1892) —y entonces conoció a Valera, Emilia Pardo, Menéndez Pelayo, Rubió i Lluch, Cánovas...—, bien puede decirse que su más estrecha relación con España y su literatura se abrió (1899) y se cerró (1914) en Barcelona.

«Al amanecer de un día hurraño y frío, luchando el alba y la bruma, el vapor anclaba en Barcelona». Así inicia Rubén su primera crónica para *La Nación*, recogiendo sus impresiones de la Barcelona de las Navidades de 1898. Debió permanecer en la ciudad aproximadamente una semana («He de volver a Cataluña, donde no he estado sino rápidamente»), pues el 21 de diciembre el barco que le transportaba desde Buenos Aires avistó Las

Palmas, y con el año el poeta entraba en Madrid. En tan corto espacio de tiempo, Rubén trazó unas notas cuyo común denominador es un luminoso optimismo. Años después sintetizaría en su *Autobiografía* (1915) la memoria de aquellas impresiones: «Celebré la vitalidad, el trabajo, lo bullicioso y pintoresco, el orgullo de las gentes de empresa y conquista, la energía del alma catalana, tanto en el soñador que siempre es un poco práctico, como en el menestral que siempre es un poco soñador. Noté lo arraigado del regionalismo intransigente y la sorda agitación del movimiento social, que más tarde habría de estallar en rojas explosiones. Hablé de las fábricas y de las artes; de los ricos burgueses y de los intelectuales, del leonardismo de Santiago Rusiñol y de la fuerza de Angel Guimerá, de ciertos rincones montmartrescos; de las alegres ramblas y de las voluptuosas mujeres». Tanto estos recuerdos de 1915 como la crónica del 1 de enero de 1899 amalgaman tres ingredientes: un animado cuadro del tejido urbano barcelonés, una sucinta e inteligente exposición del movimiento político, haciendo hincapié en el catalanismo, y una sintonía fervorosa con los quehaceres literarios y artísticos del *modernisme*, especialmente con la *brotherhood* en torno a Rusiñol.

El hombre-río, el hombre-Niágara desatando su corriente imperial, que ora recuerda «la expresión ancestral de un ídolo azteca, ora la faz de Beethoven, pasmada en violencia sublime» —tal se le figura Darío a Miguel S. Oliver en mayo de 1912—, una hora después de desembarcar en el puerto de Barcelona, estaba «en el hervor de la Rambla», verdadera «baraja social» de la existencia ciudadana, sintiendo la alegría, el bullicio y la modernidad «quizá un tanto afrancesada» de la ciudad, porque para Rubén, como para Baudelaire —sobre todo a la luz de Walter Benjamin—, el acento principal de lo moderno es la urbe. El vate nicaragüense recorre los cafés: el *café Colón* y el *café de Els Quatre Gats*, cuyo ambiente le parece un remedo del *Chat Noir* de París y en el que ve la metáfora del estado intelectual de Barcelona, con un afrancesamiento que, si bien detona, supone «una ventana abierta a la luz universal, lo cual, sin duda alguna, vale más que encerrarse entre cuatro muros y vivir del olor de cosas viejas». La atmósfera emblemática de *Els Quatre Gats*, por la que Rubén debió transitar con su totalidad ya un poco estropeada y soñolienta, pidiendo una y otra vez «whisky con soda», aparece desde la óptica de la crónica de *España Contemporánea* como adalid del triunfo de la vida moderna y símbolo de la renovación artística y cultural del *modernisme*.

Al margen del ambiente de *Els Quatre Gats* —«abundan los tipos de artistas del Boul'Mich; jóvenes melenudos, corbatas mil ochocientos treinta, y otras corbatas»— y del empresario, Pere Romeu —«alto, delgado, tipo del Barrio Latino parisiense, y cuya negra indumentaria se enflora en

una prepotente corbata que trompetea sus agudos colores, no sé hasta que punto *pour épater le bourgeois*—, la pluma de Rubén se detiene en la figura de Rusiñol, retirado en su santuario de Sitges. En sorprendente coincidencia con Unamuno, que había publicado dos artículos elogiosos en *La Publicidad* (verano de 1898) en torno a *Oracions*, el padre de *Prosas Profanas* cree que Rusiñol es el ejemplo vivo del artista, del practicante de la religión de la Belleza y de la Verdad, juntando «la chispa divina a la nobleza humana del carácter» y ejerciendo de «traductor admirable de la naturaleza».

Rubén, con temple de artista y querencias de sociólogo, relaciona la personalidad de Rusiñol y la floración del *modernisme* con el triunfo de la vida moderna en un país, cuyos latidos de pueblo fuerte, trata de trasladar a sus lectores de *La Nación*. La atmósfera intelectual y cultural de Barcelona (tan distinta de la que le ofrecería Madrid días después) es consecuencia de la eutimia de un paisaje «de una excelencia homérica», de un pueblo «sano y robusto», de unas mujeres «de firmes pechos opulentos, de ojos magníficos, de ricas cabelleras, de flancos potentes», de unos talleres que bullen, de una burguesía activa y emprendedora, de un trabajo que ha «erizado su tierra de chimeneas», de un movimiento político y social que hubiese sido más fecundo en una Cataluña autónoma... Partes todas de un edificio que acoge el pensamiento, la cultura y el arte de la modernidad.

Rubén, fascinado, siente desde las páginas iniciales de *España Contemporánea* cómo los catalanes «permaneciendo catalanes, son universales» y expresa su deseo de volver para «sentir mejor y más largamente las palpaciones de ese pueblo robusto».

III. Ciro Bayo

«Don Ciro Bayo era un viejo hidalgo quijotesco, un poco absurdo y arbitrario», según cuenta Pío Baroja en la *Galería de tipos de la época* que incluyó en sus *Memorias (Desde la última vuelta del camino)*. Este tipo físico y espiritual que parece recién sacado del arcón del siglo XVII era —como él mismo confesaba— «un madrileño criado en Barcelona, y, por consiguiente, un tantico aficionado a la región». Nacido ocasionalmente en Madrid en 1859, gustaba decir que era hijo natural del banquero Adolfo Bayo, cuando sus padres fueron en realidad Vicente Bayo —oriundo de la provincia de Toledo— y Ramona de Segurola, que era de la localidad guipuzcoana de Pasajes. Mientras residía en Barcelona estudió en las Escuelas Pías de Mataró y obtuvo el título de Bachiller en Artes en 1873, durante los breves días de la Primera República. Su madre, que había

enviado, contrajo segundas nupcias con Andrés Perelló, y la familia se trasladó a Valencia, coincidiendo con la tercera guerra carlista, cuando Ciro Bayo acababa de iniciar los estudios de medicina en Barcelona, estudios que más tarde abandonaría definitivamente. Durante los meses de la guerra civil su temperamento inquieto y aventurero —«Don Ciro Bayo y Seguro es el último aventurero español de la vieja, noble cepa», escribió Ricardo Baroja en el curioso libro *Gente del 98*— le lleva a intentar el ingreso en el ejército alfonsino primero, y luego enrolarse en las tropas del general carlista Dorregaray. Años después recordaría esta fugaz aventura en el libro *Con Dorregaray. Una correría por el Maestrazgo* (1912), donde leemos la justificación de tan intrépido proceder: «Las únicas carreras que me tiraban eran las de militar o de marino, y aún de marino de guerra; pero mi señora madre, árbitra y tutora de mi persona, se oponía a ello, parte por egoísmo materno y parte por miedo a los peligros inherentes a la navegación o a la carrera de armas».

Salvado el episodio de la guerra carlista y una arriesgada fuga a La Habana en 1876, Ciro Bayo retorna a Barcelona (1880) y en su universidad inicia la carrera de Leyes que trató de completar en Madrid (1883). Pero el sino de esta peculiar personalidad estaba echado: su querencia por azares y aventuras debía encontrar el cauce de la escritura y, en concreto, de la escritura de libros de viajes. Ciro Bayo viajó en el fin de siglo, primero por Francia, Alemania e Italia, y después y largamente por Hispanoamérica (el año 89 sale de Barcelona rumbo a la Argentina). Se empezaba a forjar su personalidad de «escritor aventurero» según atinada expresión de Julio Caro Baroja.

A América fue Ciro Bayo con el propósito decimonónico de viajar y aprender, pero también con el más modesto de sobrevivir. Sus dos primeros años los pasa como maestro rural en la pampa. En su libro *Por la América desconocida* (1920) recuerda su quehacer en la escuela gauchesca: «Allí enseñaba yo a hacer palotes y silabear a los hijos de los gauchos, y éstos me enseñaban a su vez a ser jinete de la pampa y a gustar la soledad e independencia del desierto». Esta estancia quedó reflejada en varios trabajos históricos, lexicológicos y folclóricos que revelan la pasión de aventurero y el afán de conocimiento que le embargaban. Su afición por la aventura le llevó a emprender un proyecto quimérico: viajar desde el fondo de la pampa hasta la exposición universal de Chicago en 1892. El viaje se inició, pero los dineros escasearon y el proyecto de estar en el 92 en Chicago se trocó en una fascinante peregrinación por Sudamérica: Córdoba, Tucumán (donde conoció a Rodríguez Serra, futuro editor madrileño de los noventayochistas), Sucre... con excursiones a Chile y Perú. Pasaron así cerca de ocho años de vida aventurera focalizada en Bolivia y